

TEATRO



Ethel Rojo

El domingo en el Teatro Municipal estuvo con nosotros Ethel Rojo, completísima, como mujer y excelente como artista. Su sentido rítmico, le hace moverse de tal manera que llevó su gran ovación por nuestro público que llenó por completo el aforo del Teatro. Entre bastidores y junto a esta guapísima "vedette", le preguntamos:

—¿Su nacionalidad?

—Argentina.

—¿En qué lugar estrenó Vd. esta Revista?

—A mediados de Noviembre, en Portugal. Teniendo un gran éxito y una plena satisfacción de haberlo conseguido y saber que es de agrado de cuantos públicos han tenido la dicha de presenciar este espectáculo.

—¿Qué la indujo a poner el nombre de ¡AL ROJO VIVO!, a sus variedades?

—Pues, creo, que la salsa y dinamismo que dicho espectáculo encierra, unido a la gran clase y vestuario... del mismo, mantienen al público al rojo vivo, usted ya me entiende. Pero siempre, como habrá visto, está lleno de gracia y finura.

—¿Qué opina del público gerundense?

—Pues, que es bastante difícil de comprender, pero a pesar de todo, siempre tengo ansias de volver a esta hermosa Ciudad, llena de atractivos turísticos y de arte.

—Y por último, y dado el escaso tiempo que nos queda, quisiera hacerle la última pregunta: ¿Prepara alguna nueva revista?

—Sí. Pero por el momento no puedo dar muchos detalles al respecto, ya que todavía no la tenemos completa. De todas formas, le adelantaré que será muy hermosa y superior, si cabe, a ésta.

Pues todos esperamos poder ver de nuevo a esta simpática y formidable mujer que es: ETHEL ROJO.

CODINA

CINE

ELLA Y SUS MARIDOS

de J. Lee Thompson

Esta es una película con sorpresa y con nostalgia. La sorpresa: ver a Shirley Mac Laine, que hasta ahora pareció bastarse con sus dotes de actriz, prodigando sus encantos físicos y luciendo unos bikinis dignos de Elke Sommer. La nostalgia de la época dorada de los grandes musicales americanos que en un momento de la cinta parecen resucitar; sólo que ahora Gene Kelly está viejo y Shirley Mac Laine —a pesar de los bikinis— no tiene nada que ver con Cyd Charisse.

Por lo demás, una comedia típica y tópica, aunque sembrada de sátiras agudas, de "gangs" inteligentes, de buenos golpes de humor. Cuatro espléndidas parodias de otras tantas películas —el cine dentro del cine— acreditan la pericia del realizador.

Paul Newman, Robert Mitchum, Dean Martin, Robert Cummings, Gene Kelly y Dyck Van Dike se limitan a repetir una vez más "su papel", mientras Shirley Mac Laine inventa docenas de ellos en un auténtico alarde interpretativo.

LOS CULPABLES

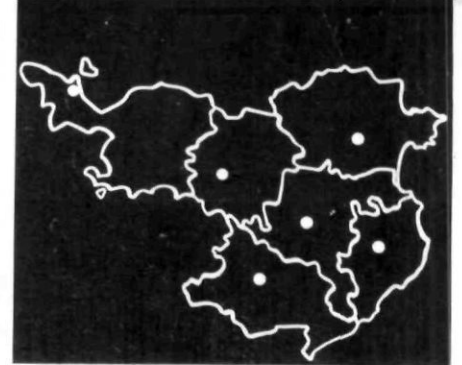
de José M.^a Forn

La película no es buena, como tampoco lo es la obra teatral de Jaime Salom en la que está basada. Pero para nosotros tiene un atractivo singular: su acción se desarrolla en Gerona. Así, Susana Campos camina bajo la lluvia por nuestras calles, plazas y puentes; pasa bajo los porches, sube las escaleras de La Pera, atraviesa la Plaza de los Apóstoles. Así, un entierro que se inicia en Las Pedreras, cruza luego el Arco de San Cristóbal y termina en la Plaza de la Catedral, mientras la aguja de San Félix se recorta en el horizonte gris... Todo este decorado confiere cierto clima a la acción. Pero ésta se precipita poco a poco en un "suspense" barato y termina en un abismo de absurdos en el que nada ni nadie tiene pies ni cabeza.

Gerona: "Dios, ¡qué buen escenario si hubiere buen guión...!".

TRAVELLING

SPAIN COMARCAS



Parece cada día más imperiosa la necesidad del hombre de la ciudad de evadirse de su trabajo cotidiano y relajar sus nervios buscando la tranquilidad del campo. Esto está muy bien, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de un viejo problema no solucionado desde las villas romanas hasta el "dichoso aquel que huye del mundanal ruido".

Pero el hombre de la ciudad, al tomarse su relax —en estos días el éxodo, llega a la cumbre—, casi siempre resulta enojoso para el hombre del campo.

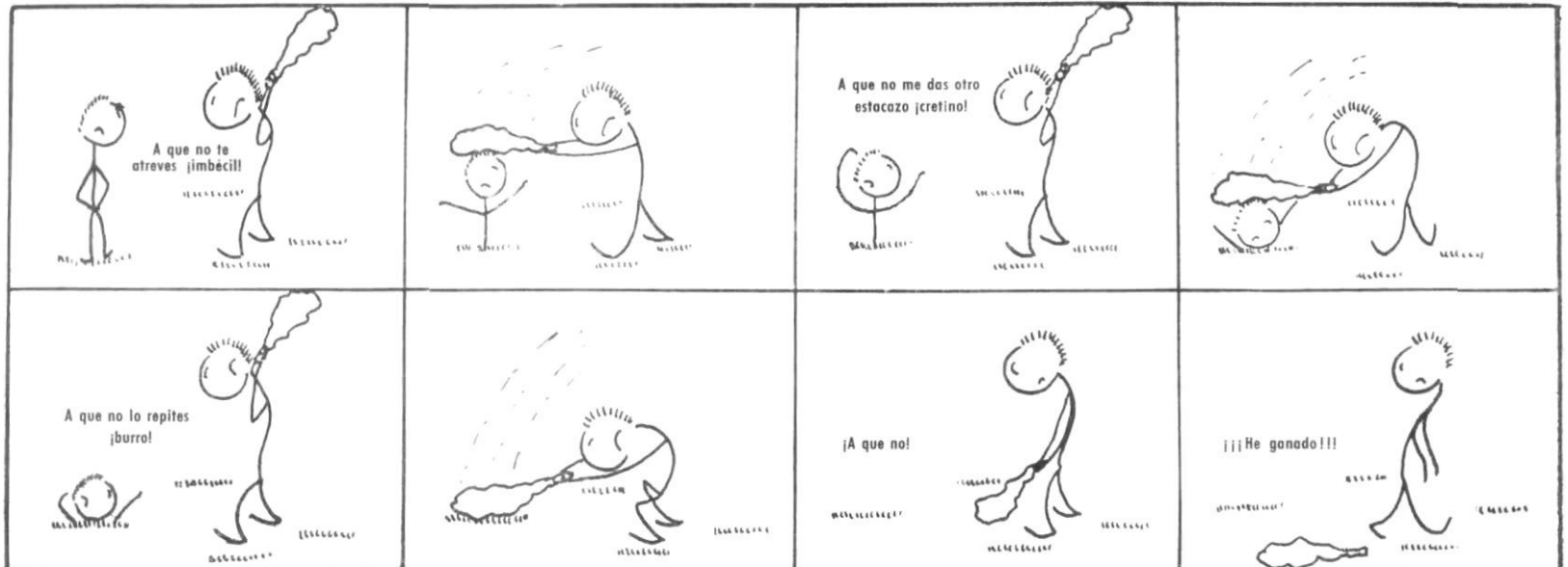
Y el nudo de la cuestión reside en lo poco que aprecia el ciudadano, la dureza de las labores agrícolas o ganaderas, unido a un desconocimiento casi total del ambiente.

Paralela a esta despreocupación, todavía existe una posición en el ciudadano, mucho más enojosa e inconsciente al mismo tiempo. Es difícil de definir, pero podríamos decir que parece divertirse con el esfuerzo de los demás. El ciudadano recrea su vista con unos campos porque el color queda bien combinado. Encuentra interesante una casa situada en lo alto de la montaña porque es "como de pesebre". Pero difícilmente, el hombre de la ciudad desea entrar en la dureza de una vida que difícilmente imagina. Cuando sale de su vida ordinaria lo hace para divertirse y casi nunca para entrar en contacto, o vivir un poco a fondo, con el duro y curtido campesino. Y esto, en el fondo, aunque inconscientemente, flota en el ambiente de las relaciones humanas si es que llegan a existir entre los dos mundos que no acaban de comprenderse. Podemos avanzar mucho más todavía en estos pensamientos. Así como hemos situado el problema en el espacio, podríamos relacionarlo con el tiempo. Ved la posición del forastero cara al pasado. Si lo hacemos, nos damos cuenta en seguida de que esta posición, si bien no resulta tan molesta, deja mucho que desear. En efecto, parece que, frente a la historia, el turista es incapaz de reconocer lo que representa una simple construcción de los siglos anteriores. Una iglesia románica, por ejemplo, es como si la severa construcción fuese una atención de los hombres del medioevo para con el veraneante del siglo XX, como si hubiera sido construida exprofeso para el diletante moderno.

A este respecto sólo querría recordar lo que se nos echó en cara al visitar Taüll. ¡Cuánta razón tenía la campesina! Taüll dio al mundo unas magníficas pinturas, hace más de 700 años, pero ni una carretera, ni un teléfono la unían con el pueblo vecino. Y ahora que se ha construido la comunicación el turista comentará: Me han estropeado Taüll. Ha perdido todo su sabor.

Y es que el hombre de nuestro tiempo gusta de la evasión. Y no sólo de la evasión geográfica que le permite, como decía el pensador, despojarse incluso de los vestidos, sino la de poderse trasladar a otros tiempos —bien sea sólo por unos instantes porque más no se resiste— como en un apartheid donde no cuenten las horas y se haya parado el tiempo.

A. DOMENECH



YUP